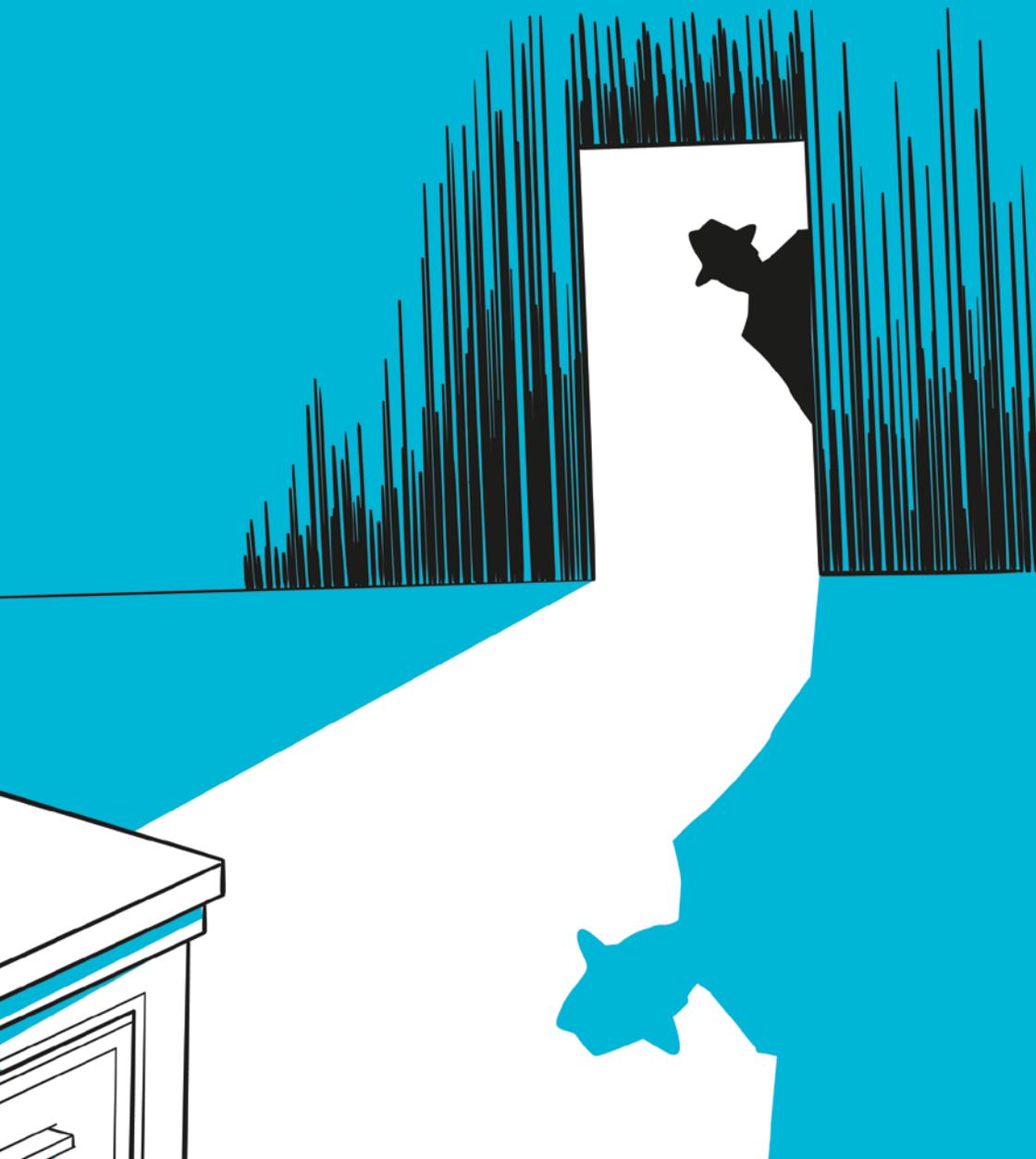


2024

Lecturas breves

GANADORAS Y
GANADORES PREMIO
ROBERTO BOLAÑO



2024

Lecturas breves

GANADORAS Y
GANADORES PREMIO
ROBERTO BOLAÑO

«Hay una literatura para cuando estás aburrido. Abunda. Hay una literatura para cuando estás calmado. Esta es la mejor literatura, creo yo. También hay una literatura para cuando estás triste. Y hay una literatura para cuando estás alegre. Hay una literatura para cuando estás ávido de conocimiento. Y hay una literatura para cuando estás desesperado. Esta última es la que quisieron hacer Ulises Lima y Belano».

Los detectives salvajes (1998)

Sobre el premio

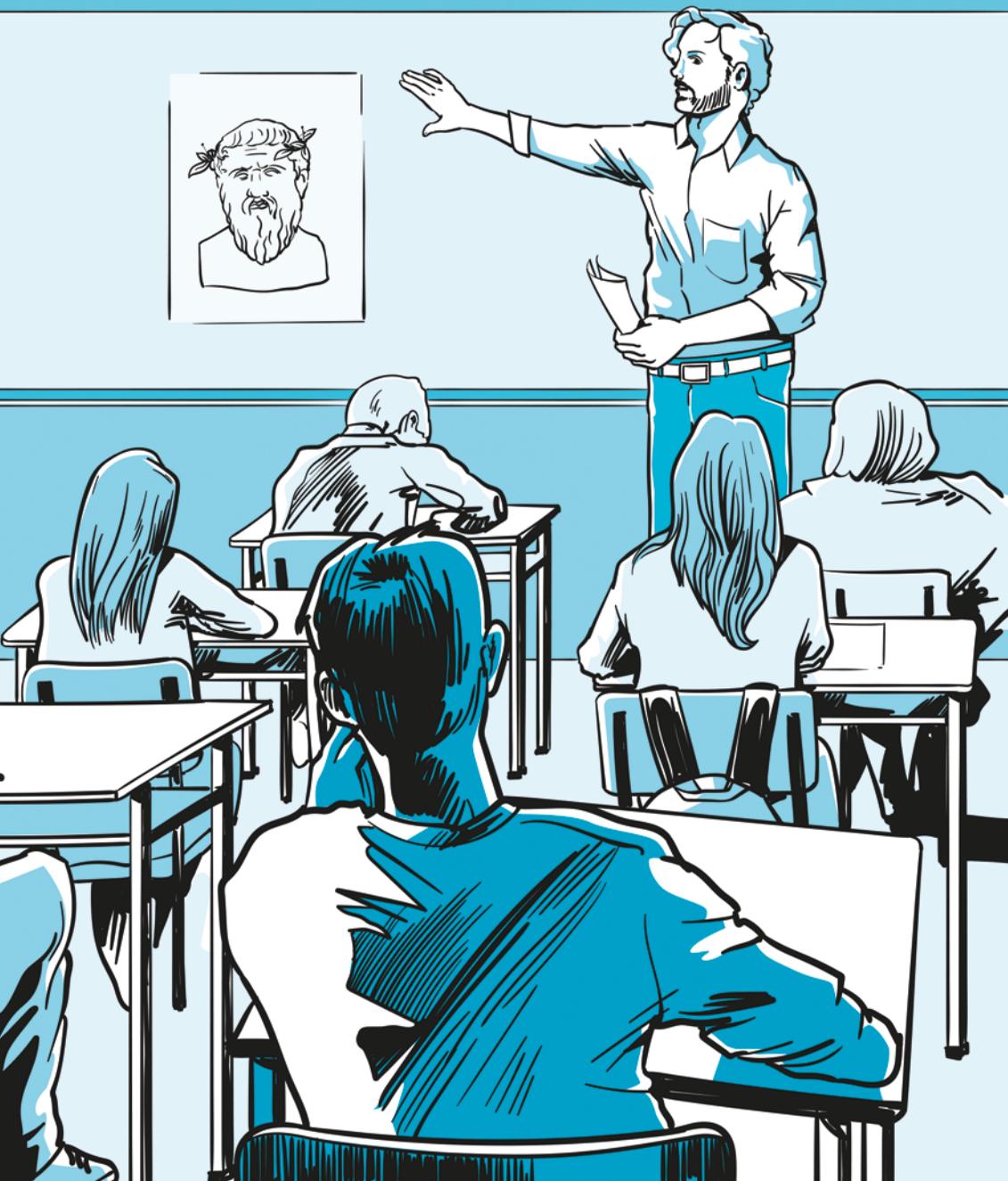
2024

El premio Roberto Bolaño a la creación literaria joven es el reconocimiento que el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de la Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura, ha establecido para las nuevas generaciones de escritoras y escritores.

Creado el año 2006, en honor al escritor de *2666* y *Los detectives salvajes*, en sus dieciocho años de trayectoria ha reconocido a algunos de los exponentes literarios más relevantes de la escena local, como Constanza Gutiérrez, Bruno Lloret, Victoria Ramírez, Diego Zúñiga, Paulina Flores, Manuel Boher, entre muchas y muchos más.

Desde 2021, el premio cuenta con esta publicación para difundir la obra de sus ganadores, buscando que el talento joven tenga una nueva vitrina, y de paso, abriendo también la posibilidad de que este semillero de nuevas voces logre llegar a nuevos lectores.

Solo por jugar



Le daba vueltas alrededor todo el día, como un mariposón enamorado. Lo llenaba de elogios y me veía todas las conferencias de Darío Sztajnszrajber, solo para tener tema de conversación. Alain Delon era un moco comparado al profe Marco, con su anatomía de piña, con sus ojazos negros, además de buena onda, buen mozo. En todos los actos del liceo tocaba su cancioncita y se hacía un silencio religioso, cada oreja y cada ojo puesto sobre los encantos del profe, que además de filósofo, tocaba la guitarra y la cantaba como un ángel, con sus rulitos de querubín al viento. Todas lo amaban, pero ninguno como yo, que lo vengo amando desde primero medio, mi amor era tan verdadero como imposible: él, un hombre de bien, yo, un pendejo tonto con la alita rota que se pajea todas las noches soñando con ser su aprendiz griego y adquirir el conocimiento a través de su heterosexual esperma.

El sábado sería el cumpleaños de la Vale, le teníamos todo organizado. La previa en su casa con la torta y luego nos iríamos a la «chismoteka». Teníamos hasta el regalo, comprado con vaca y un poco de la plata del curso: un consolador, el cual, por supuesto, se llevó para su casa el Jota, el más payaso.

Ya el viernes, el profe Marco explicaba a los cínicos, y yo, atento, alumno estrella solo en su clase, miraba sedientemente sus movimientos de relojería, esperando a que sus luceros se posaran sobre mí. Estaba hablando sobre Diógenes: contó la anécdota del barril y de las masturbaciones públicas. No fue la Vale ese día, por lo que el Jota, haciéndose el chistoso, sacó el falo de la mochila y se lo puso entre las piernas, emulando a Diógenes. El profe lo vio, y, luego del susto, al cachar que era de plástico, se rio y le preguntó de dónde lo había sacado. Ahí le contamos sobre el cumple de la Vale mientras Marco trataba de ocultar su risa. Luego nos preguntó: «¿Y no le van a poner una dedicatoria o algo?». Ahí nació la pregunta: ¿Qué le podríamos poner? ¿Acaso un dildo de plástico para una amiga lesbiana no es suficiente mensaje de la comicidad adolescente?

Ahí empezó el debate, de improviso hubo un murmullo fuerte, todo el curso discutió cuál sería una inscripción pertinente para el juguete sexual. Hasta que una voz quebró la algarabía, era el profe, que silenciando a todos

dijo: «Mira, ponle: porque a veces el amor es solo un juego». Fue unánime la aprobación.

Ahí figuraba resplandeciente, la frase que más me ha impactado en la vida, no podía dejar de mirarla, aún perfumada del alcohol del plumón azul, ahí, sobre el falo listo para empaquetar. Ahí mismo empezó mi condena. Apenas terminó la clase me acerqué: «Oiga profe, qué buena frase se sacó». «Gracias Fernando, es que lo pienso a veces», me dijo, musitando una sonrisa. Sentí un alargamiento de nuestra confianza; hasta ese momento nuestra relación se limitaba a intercambios de índole filosófica-intelectual, pero nunca personales. Luego de varios intercambios sutiles, logré preguntarle: «¿Y usted tiene pareja?». De nuevo rio, y pronunció: «No Fernando, no tengo».

Desde ahí hasta octubre continuaron los intercambios cercanos. Ya no dormía por las noches, me ataviaba de canciones de amor y otras cosas; antes de dormir imaginaba nuestra vida juntos, llegué a dedicarle la discografía completa de Juan Luis Guerra y todos esos *benedettismos* y *amadonervismos*. La licenciatura era inminente. Obviamente sería una gala, y para ahorrar plata decidimos hacerla en el liceo.

Al llegar con mi humilde terno negro, su traje azul fue lo primero que vi. Inmediatamente empezó a sonar la canción «Blue Velvet» en mi cabeza. Se veía excepcionalmente hermoso, era como si las plumas de su alma se le asomaran por la espalda. Estuve con él toda esa velada, tres horas conversando sobre lo apolíneo y lo dionisiaco, sobre la autopoiesis de Maturana y sobre todas esas cosas bellas que competen al espíritu. Ya transcurrida la parafernalia correspondiente, llegó el momento de despedirse. Me acerqué: «Bueno, creo que hasta aquí no más llega». En ese momento me tomó de la mano, «te tengo que mostrar algo», me dijo, y me llevó al estacionamiento del colegio. Mi mentón reverberaba de ansiedad, como si hubiera sabido lo que estaba por pasar.

En la oscuridad de entremedio de los autos me acarició los brazos, me fue agarrando lentamente, solo atiné a cerrar los ojos y a imitar lo que hacían en las películas, eso que tanto había practicado con mi mano. Sus labios estaban tan calientes como los míos, su saliva tan líquida como la mía. Se me entibió la cara y las manos y otras cosas; hundí mis dedos en sus resortes

superiores, respiré su perfume, sentí un pequeño y preciso mordisco que me invitaba a continuar. De mi pulso cardíaco no hablemos. ¿Viste que dicen que el latido de los colibríes suena como un zumbido de lo rápido que va? El mío era como el de un colibrí con taquicardia. Bajé mis manos para buscar algo en su pantalón y ahí fue cuando me soltó, rápidamente nos miramos y vi en su cara blanquísima el terror; mejor dicho, el error. Moví la boca sin sonido y volví a buscar su saliva, pero se movió. Se deshizo en excusas hirientes y en disculpas válidas, y se fue. No lo vi más.

Debí haberme sentido bien, había conquistado mi única meta en la vida, sin embargo, me sentí como un lolito abusado, sentí la presencia Humbert Humbert invadir a mi querido Marco, quizás hubiera sido mejor que se quedara como una fantasía, no sé. «Dale, si a veces el amor es solo un juego», se le ocurrió decir, clavándome sus pupilas de carbón, inyectándome sus palabras en el tuétano, sin darse cuenta de que con esa frase me había condenado de por vida. Porque el juego cruel de su labia y de sus labios, de sus risas y de sus rizos, no me dejarían de acechar nunca. Me estaba condenando a vivir miserablemente en esa gota de esperanza del beso que me unció, llenándome la boca de flores y peces de cartón. No hay noche en que no lo piense, no hay mañana en que no lo invoque. Porque a pesar de todo, mi más grande anhelo es encontrármelo por la calle y que me mire de nuevo con sus pupilas abisales y que volvamos a conversar tres horas sobre todas esas cuestiones que competen al espíritu. Pero no pasará nunca, porque nunca me quiso amar, porque para él fue solo un juego. Besarme en la licenciatura, y después olvidarse, como un gato que acaricia una mariposa muerta después de haberla masacrado, así no más, solo por jugar.

Antonia Améstica Vassart (Quilpué, 2006).

Oriunda de la ciudad de las tórtolas, de lágrima fácil, aspirante a cronopía y devota de las buenas letras. En 2023 vivió y estudió en Torino por un año becada por AFS. Ganó el primer lugar del «Slam de la quinta» en Valparaíso el año 2021 y el primer premio del Slam del Festival Internacional de Poesía de Santiago. En el mismo año participó en el festival «Letras en la Arena» de Hércón. En 2022 obtuvo mención honrosa en la categoría poesía del Premio Roberto Bolaño y en 2023 ganó el primer lugar en la categoría cuento.

Bramidos de un demonio



José, el viejo, martillea la historia a la cruz de Cristo

Después de la inmensa lucha de clases, aún cae sobre mí el peso de la historia. Habiéndome hecho en el seno obrero, me sarpulle la pobreza y retorno a la gran mocedad de las minas, sin saber qué es, qué será, qué hago y por qué hago lo que hago, pero me afirmo en que existo como existe la picota o el inmenso consumismo tronador inherente en mí.

Escoce mi lenguaje, lleno de picardías y colonialismos, por haber comido por los siglos de los siglos el pan con ají, que denota lo campestre y evoluciona, como nace un pollo, al forzoso trabajo constructor. ¡Cuál es mi destino si no es el de mi ascendente!

Me situó aquí y ahora llorando. Salgo de la garganta de una laucha, silenciándome, rasgándome el pecho y comiendo carne de Dios, que se sostiene en la clase obrera y toda la miseria del proletariado mundial, de vosotros y los hijos de vosotros, del muerto, del asesinado y del azotado con rebenques filudos de quienes convergen en milenios de cientos y cientos de revoluciones.

De la muerte a la vida en un férreo petrolero, donde caían las nubes precoces sobres las cabezas sin casco de analfabetos que son historia, mi historia, la que narro en los pasillos de la Universidad Católica, en este edificio tan bello, donde en el paraíso ante mis ojos crujiera y relampagueara una generación completa, mismos que fecundarían este bramido horizontal al pensamiento vanguardista...

¡Oh! Labrador de la tierra, que gracias a Dios no conoce a Freud, y sueña cuanto puede, y bailotea, y gorjea como y con las diucas, similar a ruidos ancestrales que en su nombre apresan obligados a los colonos, a cada maldito siervo español que heredaron de ellos este idioma para cornearlo y violarlo en la prosa cuanto se les antoje.

Siempre fueron surcos hidalgos, con sus gemidos al cielo y la vaca, pletórica, en su compañía muge a Zeus, a Platón, a quien fuere y fuere por el desprecio mundial y el agotamiento del cosmos e invasiones a la luna, a lo que encontrase por fortuna el humano, como profetara Maquiavelo.

Sigue el derrame universal en su totalidad, mientras el viejo José cae del cielo, colgado del cogote por un Dios que lo «tiretea» de los cuernos que supuestos le salen de la frente, cae gato, filudo, expansivo, en los átomos de los sacos de papas; aparece poetizada la mocedad en el magín con barro y ojotas mal paridas.

Cayendo nuevamente la muerte, en momentos de espanto, José corre por Linares de las lechuzas con un tornillo clavado en cada víscera, con shocks de eternidad en las vértebras y el escepticismo que le babea de las venas. Ya veis a José martillando la historia a un caballo de leña.

Genealogía de un cuchillo clavado

En la invasión imperial derramo el verso divino, acostado en un templo ateniense con la amante de Zeus, que ríe y llora la argumentación desahuciada y democrática, que se parece a un diablo con el pasado herido y la decisión entre pecho y pecho, soplando al infinito como el mar haría con su primogénito, o como un principado maquiavélico fallaría en óptima armoniosa crueldad y deshumanización, abandonando la cosa en sí, qué es la cosa en sí, qué es el gobernado si no el esclavizado, o el muerto que camina, o la cosa del fin imprudente, o el comienzo del fin y el infinito del fin.

No conozco la infinidad, ni el eterno susodicho entre letras, que gorjea el universo, y lo clasifica, y lo cornea. Pero sé del Chile popular, que ciñe la morfología antropológica, que es lo que es porque se le ha dado qué ser, el comportamiento imperativo de un bramido triste, escrito en libreta triste, que vive un entorno triste, que es triste, nace triste y muere triste, triste, triste y triste, sin saber qué es la tristeza.

El cachazo amnésico a la fidelidad de mi jinete, que se humanizó, que abandonó la sensatez animal, y a la sorpresiva se sumió en el abismo de todas las cosas del mundo, que es etario cosmopolita de los demonios de Santiago de Chile, que converge en el polvo del pasmo antropofágico de una calavera de mártir.

La rama nóumena de lo visto y lo no visto, atravesado por el subconsciente, por la sexualidad del clavo clavado en un testículo, de la feminidad y la maternidad de la cosa en sí, que fallece en el fenómeno, en lo habido y por haber con Dios en los bolsillos, suplicando salir, para defecar y masturbarse encima del mundo entero.

El hombre de Rokha

Empeñado en el Licantén gigante, con aura fúnebre sangrándole de la vena estelar de un animal silvestre, cabalga el hombre duro, el hombre que apuñaló la tripartición de un alma.

Mi amigo de piedra es todo el universo completo, es un verso pegado con cola fría a la materia oscura.

Su prosa la comparte Chile-inmenso, incluso existe en la costilla de la ternera y es rugido rojo, es una lágrima del infinito, o el bramido del mosto, o el zumbido crujiendo de la articulación de un Dios enfermo de socialismo, o es ruido y más ruido.

Toma texturas rugosas en la materialización de una onda pragmática en lo superfluo de la realidad, con su curvatura económica, con la similitud de un cielo rotundo de manos hegelianas.

Tantea violento desde la lejanía vanguardista latinoamericana, a quien erra dignidad por dignidad, en la fortuna imperialista de la podredumbre de un cadáver vivo, académico e ilustrado; misericordioso de Rokha en el debate genealógico del siglo XX, pobre como el caldo de congrio, o duro como la tetilla friolera del marxismo, que también excitó de placer, y ríe, y canta, y se celebra, y es la complacencia del pueblo entero.

Es como la miseria enterrada del hombre, es como la desgracia encarnecida y perfecta de la hierba buena; es de su agonía el canto místico y matemáticamente exacto de un anciano en los umbrales de la metafísica.

Convive con una y mil cosas, con el hocico tercero hediondo a filosofía y anticristo.

✧

Extracto del conjunto de poemas «Bramidos de un demonio», de Gabriel Garrido Pinochet.

Gabriel Garrido Pinochet (Rodrigo Demonche, 2007, San Ramón).

Criado en La Pintana, el contexto de su producción literaria ha sido en torno a la precariedad y la pobreza. La obra de Pablo de Rokha estimuló su inquietud creativa, al observar la belleza en lo trágico y lo chileno. A los seis años lo marcó un cuento de Edgar Allan Poe, «El entierro prematuro».

Las vacas



No hay domingos para la vaca.

Zurita

Las vacas no se mueven. Mírenlas allí: respirando la humedad, con fosas nasales como perforaciones. El invierno las rodea, pasa a través de ellas, las confunde quizás con las casas de los pobres. Se agrupan con superstición gregaria. Pero no son la misma vaca. Esa de allí, por ejemplo, es café o café con leche. La otra tiene manchas negras, diferentes a las de una tercera. Hay también algunas negras por completo. Y así.

Otra diferencia: algunas duermen, acostadas. Las que no, miran la oscuridad con ojos idiotas o aterrorizados. Esas son las dos alternativas de las vacas. Ojos aburridos, ojos de horror cósmico. Es como para preguntarse qué miran. De día el sur de Chile es verde: eso es un comienzo. Pero no es verde para ellas. Las vacas no saben de colores.

Deberían saberlo, podría pensarse, por la autopista que tarja el paisaje, más allá del cerco. El cerco es de alambre y no impide la visión. Por él pasan, a intervalos, fuertes rayos de luz en parejas. Son los faroles de los autos que recorren el sur de Chile. Deberían saber de colores, querrá decir alguien, porque esas luces enverdecen el paisaje cada cierto rato, con ruidos como aviones. ¿Cómo no darse cuenta? ¿Acaso no ven esos dos puntos que se acercan, agrandándose, desde lejos? ¿No escuchan su rugido? Pero no: están muy lejos. Ya los verán. Denles tiempo.

Detrás de esos faroles encendidos —que las vacas aún no ven— hay una cabina de tamaño mediano. Es la cabina del automóvil de Julio. Junto a él, en el asiento del copiloto, está Andrea. Ni Julio ni Andrea son del sur de Chile. Vienen de la capital. Puede verse en la irritación de sus facciones. Es una irritación impaciente, sin olor.

—Una mierda de noche —dice Andrea, mirando los campos verdes que la oscuridad esconde.

Julio no habla, y mira el pavimento gris. El pavimento lo instaló la municipalidad, pero no eligió el color: no dependía de ellos.

El gris del pavimento sí se ve porque las luces del auto están encendidas.

Las luces adentro de la cabina están apagadas, pero el reflejo en la autopista es suficiente para que Andrea distinga la botella de bebida en el

hueco inferior de la puerta. La botella es grande, y fue abierta hace varias horas para meterle un chorro de vodka. La bebida se hizo poca y ahora, a juzgar por la cara que pone Andrea después de un sorbo, la mezcla tiene más chorros de vodka que de cualquier otra cosa.

—Dame —le dice Julio. Andrea se la pasa. Julio bebe, pero no hace muecas. No hace muecas porque ya está tomado: lo sabe desde que empezó a sentir un gusto vegetal en la boca, que le recuerda a su juventud. Aunque aún es joven. Tiene veintisiete años.

—Una mierda de semana —prueba Andrea.

Funciona porque Julio responde.

—Eso no te la acepto —le dice—. Eso no, porque la semana ha estado bien. Más que bien. Escucha: te traje a un lugar hermoso.

—Un lugar vacío. No sé qué estaba pensando cuando te dije que sí.

Mentira, ya me acordé. Dijiste que olía a leña y que había un pueblo cerca. Que traías la tornamesa y podías invitar gente para tocar. No que el pueblo quedaba a media hora en auto. No que se cortaba la luz cada dos días. O que el club que mencionaste era más chico que mi departamento.

—Es más grande que tu departamento.

—Y lleno de zorrones.

Julio piensa un comentario hiriente, pero decide que lo olvidará si toma otro sorbo. Es cierto: ya no lo recuerda. Pero el calor de las mejillas no cede. Es un calor distinto al del vodka.

—¿Me escuchas? —insiste Andrea—. ¿Qué me trajiste a hacer aquí? ¿Qué se puede hacer, tirar contigo? Qué emoción.

—Andrea, es el sur de Chile.

—Eso es lo que haces con las minas, ¿verdad? ¿Te las traes a la casa del papá?

—Podrías al menos probar cosas nuevas. La vida no se agota en la disco.

—Ahora me vas a mandar a leer un libro. Tú. Por favor.

—Hay naturaleza aquí —dice Julio. Pero se traba y en realidad dice otra cosa, algo que podría ser «maleza», «realeza» o «nobleza». Le parece un buen punto, así que lo repite—: Hay naturaleza.

—Y yo naturalmente tomo el primer bus que se me aparezca mañana.

—Se puede salir a caminar, escuchar música, mirar pájaros.

—Ni siquiera somos nada, Julio. Nos conocimos hace tres semanas. De verdad, ¿qué estabas pensando?

—Ir al lago y mirar tu reflejo en el agua. Pero tú no sabrías de eso. Sacar la bici, andar en bici. Ir a huevear a los caballos de los vecinos. Voltear vacas.

—Eso es un mito —dice Paulina.

Paulina va en el asiento detrás del conductor. No le cae muy bien Julio, y a Andrea la conoce apenas. Pero tiene sus razones para estar ahí.

—No es un mito. Dos tipos fuertes la logran. O no, Cris.

Atrás, Cris abre los ojos y asiente a lo que dice su amigo. Vino con él porque se conocen desde niños. El interior del auto le deja de dar vueltas si se apoya con los ojos cerrados contra la puerta.

Cris es el novio de Paulina. Esas son las razones que ella tiene. En realidad es una sola.

—¿Qué mito? ¿De qué me estás hablando? —pregunta Andrea, y toma otro trago.

—Los gringos le dicen *cow tipping* —aclara Julio— como: darles propina a las vacas.

—O darles consejos —murmura Cris, pero se traba y dice algo distinto, que la verdad podría ser cualquier cosa.

—Pero en realidad significa darlas vuelta —dice Julio—. Botarlas. Acá en el campo lo hace la gente en las noches, cuando está aburrida.

—¿Qué sabes tú? —le pregunta Andrea—. Tú no eres del campo.

—Me lo contó mi papá.

Andrea arroja una risotada amarga. Se quedan callados un rato. Después Paulina habla.

—Es un mito.

Julio piensa en sus veranos infantiles con Cris. Andrea piensa en Julio y en cuánto ha aprendido a odiarlo en pocos días. Paulina piensa en que está demasiado sobria para esas latitudes. Cris piensa frases fugaces a medias, variaciones de lo que dicen alrededor.

—Con Cris lo hicimos una vez —dice Julio.

—Mentira.

—Verdad. No funcionó. Sonó como un aplauso contra el cuero y la vaca quedó ahí mismo. Éramos chicos. Pero vi gente de acá haciéndolo. Una vez, en la noche.

Es verdad a medias, pero no recuerda cuál parte es cierta y cuál no.

—Hoy seguro que la podríamos hacer. O no, Cris.

Cris no responde.

—O no, Cris.

—Eres un niño —dice Andrea.

Avanzan en silencio unos segundos.

—Un niño y un mantenido...

—¡Mira, mira! —dice Julio, y pega un frenazo. Los cuerpos de todos pegan un latigazo hacia adelante.

—Qué mierda —dice Cris.

Julio está seguro de que vio a una vaca tirada de lado. Pero iba rápido y en el frenazo se le perdió en la oscuridad.

—Estoy seguro de que vi una...

—¿Qué cosa?

—Unos tipos haciéndolo —exagera Julio.

Avanza, dobla de más. El tramo de barro y pasto junto a la autopista es amplio: queda perpendicular al pavimento, detenido a un trecho del cerco de alambre que delimita un terreno.

Es el mismo cerco. Unos metros más allá de él, alumbradas por los faroles, las vacas.

—Qué lindas las vacas —dice Paulina, a nadie en particular.

Las vacas, a lo lejos, los miran sin alterarse. ¿Alcanzan a escuchar el murmullo del motor? No llueve, y la noche tiene un silencio de agua estancada.

—Vamos a ver —dice Julio—. La encontramos, les nuestro. No estoy mintiendo.

—¿Esta es tu idea de entretención? —pregunta Andrea—. Estás loco.

Paulina le encuentra razón, pero mira las vacas con detenimiento. Son distintas en todo a la imagen de las cajas de leche. Le sorprenden las diferencias entre ellas, su individualidad. Sus colores, por ejemplo, sus manchas. Y así...

—Ven conmigo —le va a decir Julio a Cris, pero no gira lo suficiente y se da cuenta de que está volteado hacia Andrea.

Andrea ríe.

—¿A joder a unos campesinos desconocidos?

—Cris —dice Julio.

Cris había vuelto a apoyarse en la puerta. Ahora abre los ojos con ganas, como cuando le mostraba a su mamá en las mañanas que no seguía durmiendo, que de verdad estaba despierto.

—Acompáñame.

Abre la puerta y todos sienten una oleada de adrenalina. Es la helada noche que entra en el auto, una de las noches de invierno del sur de Chile.

—¡Deja el auto prendido! —dice Andrea, consciente ahora de la calefacción. Cris sale y se estira, con los brazos hacia las estrellas ocultas por las nubes. Julio lo sigue. Ambos van hacia la derecha, hacia el tramo donde Julio vio la vaca. Avanzan varios pasos y escuchan la voz de Paulina:

—Oigan.

Se dan vuelta. Ella ha bajado la ventanilla.

—¿Se puede parar una vaca cuando se voltea?

—No creo, Paulina —responde Julio—. Son pesadas.

—Entonces traten de hablarles a esos tipos.—Mira a Andrea, que observa su celular con indignación—. O sea, si los encuentran.

—No estoy mintiendo —repite Julio.

Aunque sí está mintiendo. Un poco. Pero está seguro de que vio la vaca volteada.

—Quiero acercarme —le dice a Cris—. Era más adentro, por allá. Y se pierden en los campos oscuros.



Extracto del cuento «Las vacas»,
de Antonio López van der Schraft.

Antonio López van der Schraft (Santiago, 1999).

Escribe narrativa, poesía y ensayos. Viene de una familia del sur de Chile: La Araucanía y Magallanes. Estudió Derecho en la Universidad de Chile y realiza trabajo académico en distintas áreas de la filosofía política.

Tocar el agua



Velar la translucidez del agua
procurar que se recupere

el habla

en la boca no se enuncia

el cantar de una pájara sin lengua palabra

la lengua no encuentra su lugar palabra

la palabra se opondrá a crecer

la palabra no existe

la palabra nido no vuela

la palabra en contra de sí misma

no es más palabra que error

la palabra se posa en tus manos

y llora

La pájara clava un nido en su pecho
guarda objetos quemados

objeto uno hilachas
objeto dos trenzas de una niña
objeto tres cuchara de plata

en el vuelo de ida consigue

objeto cuatro cajita musical
objeto cinco maleza
objeto seis lámpara

en un rincón de la casa
objeto siete alas de pájaro

pero solo un objeto puede arder en su pecho

Tus manos se desprenden del agua

las heridas renuncian a sus tajos
y surge un brote certeza
de habitar tiempos diferentes

nada se enardece si no disponemos del sacrificio

destruir toda seguridad

convertir el fuego
en suavidad ligera

A la luz de la luna
un río desemboca
en el mar
y lo adormece

el silencio
da paso a una caricia

que en las manos equivocadas
se ajusta a la carga de tu espalda

eres
siete veces agua
siete veces tiempo

siete veces sin atenerse
a la grandeza de lo simple

un río que
vuelve al mar

rompe la exactitud límite

agua dulce
agua salada

Se enciende un arce en medio de la casa
el movimiento de tus manos impide
la corriente de su canto

algo se derrumba en el vuelo de regreso
la ventana sigue abierta

un incendio existe con la posibilidad
el aire es
del aire
con la palabra

la palabra
olvida que fue pájaro



Extracto del conjunto de poemas «Tocar el agua»,
de Catalina Tamar.

Catalina Tamar (1998, Santiago).

Poeta, profesora y licenciada en Letras Hispánicas. Participó del Taller de Escritor en Residencia (2019), impartido por Malú Urriola, y del Taller de Cartografías Poéticas (2023), mismo año en el que fue becaria de la Fundación Pablo Neruda.

La distancia entre las olas



I. La muerte es de color azul

Estaba sentada frente a una versión obsoleta de mí misma que conservaba el cuerpo y el rostro de una niña.

La ausencia de un par de dientes y el pelo recogido eran la prueba de un pasado que todavía existía. Ambas nos sentábamos en una silla de mimbre. Chocábamos las rodillas. Sus pies todavía no llegaban al suelo.

Sin aviso, le di una cachetada con la palma abierta y los dedos bien separados. La niña no lloró, aunque la silueta de mi mano se le marcaba en la mejilla. Los ojos lagrimeaban, pero la niña no lloró, no me regaló una sola lágrima. Ahí entendí que yo nunca fui joven, en realidad. Siempre me resistía ante la posible llegada de algo más grande, más grave. Recuerdo la necesidad de subir y subir escalones hasta sentirme satisfecha con la vista, hasta descifrar mis pasos. ¿Hacia dónde iban? Me sorprendí por mi propia reacción: en lugar de otro golpe, la agarré de los hombros y empecé a sacudirla rabiosa, hacia adelante y hacia atrás en un vaivén frenético y sumamente triste de mis brazos, zamarreando su piel como si fuera un monstruo herido con las fauces encajadas en la carne de mi presa.

La niña tomó una de mis manos y confesó que tenía miedo. Que no tenía a nadie con quien hablar de esto. Entonces la sujeté con fuerza y la abracé entre gritos que se volvieron aullidos, entre costras que se abrían y volvían a sangrar como la primera vez.

Ese fue el primer sueño que tuve después de que mi abuela se quitara la vida en el baño del mall. Era octubre, posiblemente.

†

No supe nada hasta que mi tía tocó la puerta para buscar unas cosas. Con el pelo recién alisado, se arrastró hasta el comedor en trance, murmurando en una voz tan baja que apenas se podía escuchar su intento de lenguaje. Cuando me lo contó, detallando mucho más de lo necesario, yo le dije que no. Así de fácil. No intenté dramatizar ni hacer de la situación un chiste: se sintió, más bien, como cuando te dicen que dejaste una cuchara sucia en el lavaplatos y tú sabes perfectamente que no solo no usaste una cuchara para

comer, sino que almorzaste afuera, en casa de un amigo. Sacudes la cabeza, ofendida por tremenda desfachatez.

Sus zapatos de punta todavía tibios en el forro, las suelas con tierra fresca del jardín; el perfume, todavía rociado en las paredes y chalecos que colgaban de los respaldos, prendas que me obligaba a llevar cuando salía de improviso, por si hacía frío después. Teníamos planes de correr los muebles para desempolvar de una buena vez la casa. Teníamos ganas de visitar la cafetería que se había puesto al lado del mercado. También queríamos cambiar las cortinas. ¿Cómo iba a creer yo en la muerte? Mi cerebro repetía escenas que en su momento había considerado irrelevantes. Esa vez en que le reclamé porque estábamos sacando la basura y se rompió la bolsa, delatando sus compras secretas de bombones caros que jamás había planeado compartir conmigo. Nos reíamos. Solíamos abrazarnos hartos. Los pequeños gestos como astillas hundiéndose entre mis uñas.

Bastaron unos segundos para caer, rebotando las rodillas contra el piso y recogíendome los pedazos de cara con las manos. Se me desfiguraba, se me estaba escapando la vida por la garganta. Despertar juntas, ella pidiéndome que le llevara una «cosita», refiriéndose inequívocamente a cualquier tentempié liviano, sabroso y fácil de preparar o conseguir en la cocina. Comerse una cosita dulce junto a ella, tomarse una cosita caliente junto a ella, burlarnos de las series de la tarde que exageraban la actuación. Sí, ella podía ser buena actriz. Saldría entonces de su escondite para abrazarme y pedirme perdón de una vez por todas. Yo solo pensaba: «Pídemelo perdón, ¡Pídemelo perdón!». Mi corazón envuelto en hilo curado era rehén de su propio pulso.

†

A pesar de la sorpresa inicial, enseguida pensé que quizás me lo debí haber esperado. En el fondo siempre lo había sabido, desde que era bien chica. Era común hablar sobre la muerte con mi abuela.

Insistía en leerme poemas trágicos, elegías varias, y me convencía de que así era como tenía que estar constituido este mundo. «Lo más importante de una persona es la forma que tiene para despedirse». Jamás

había que esperar mucho de nada, de nadie, ni siquiera del tiempo. Pero por eso mismo, era necesario educarme de tal forma que ni siquiera el peor escenario fuese capaz de inmovilizarme. Un pensamiento crítico salía de su reflexión: todo lo que sale mal puede salir peor.

«Pero habiendo dicho esto, ¿qué podemos hacer?», solía desafiarme.

Los sonetos eran sus favoritos: recitaba cada rima con gracia, como si ella, una verdadera trovadora, me estuviese cantando sobre vidas antiguas y tormentos secretos que solo me serían revelados a través de una extensión de su propia voz: la poesía. Y me miraba a los ojos, chiquitita inexperta, mientras yo insistía en dormir con ella en su cama. Al final, terminamos uniendo nuestros dos colchones para formar un gran refugio. En mi mente, su lado era el de los sueños, y el mío, el de las pesadillas. Esa era mi excusa para dormir colgada de su brazo cada noche, dejándola al borde de la cama mientras me ponía a jugar con algún rizo suelto que le cayera por la frente hasta que los ojos se me cerraran solos. Justo ahí, en esa línea angosta entre noche y madrugada, era cuando ella empezaba a llorar.

La primera vez que me lo confesó fue solo el comienzo, un presagio. Veíamos una comedia en el televisor, pero no se reía. Habíamos peleado antes y no recuerdo la razón por la cual discutimos. ¿Qué podría haber enojado a una preescolar? Cualquier cosa. Pero entonces me lo dijo. Le pregunté que por qué, si yo la quería tanto. No me supo responder. Entonces, descubrí un secreto que nadie confiesa hasta mucho más adelante: todas las personas tienen al menos un día en el que genuinamente desean morir.

Me hubiese gustado que mi abuela me comentara su decisión, que me hubiese dado la oportunidad de acompañarla, como un mínimo de cortesía. Ella sabía que, para mí, las cosas tendrían poco o nada de sentido si me dejaba sola. No habría dudado en saltar de cabeza, cual nadadora olímpica, impactando mi piel con el choque del agua, explotando mi carne ante la presión del viento, desnucándome a la velocidad de la luz mientras caía, siempre y cuando cayéramos de la mano, asegurando su eterna compañía entre mis dedos.

Cerré el puño para negar la ausencia en mi palma. Era todo en lo que podía pensar: «Me hubieras dado un aviso, un algo». Me engañaba, porque, en realidad, siempre había tenido la teoría —ahora desmentida— de que

nadie sabe despedir a quien ama sin la débil promesa de que podrían verse de nuevo. En este caso, ella me había cortado el rastro, sin más.

Se fue tranquilita, dando pasos por una playa oscura, mientras yo, del tamaño de una conchita de mar, saltaba y ponía mis diminutos pies sobre sus huellas, avanzando cada vez más lento, quedándome, poco a poco, mucho más atrás. Cuando se acabaron las huellas, levanté la vista: no existía el camino. La espuma ya había empezado a barrer los pasos, a borrar un recuerdo que recién se formaba. Olas rompiéndose en la costa, desprendiendo un aroma salado que fácilmente se podía confundir con los llantos de aquellos que nos quedamos varados en la mitad. Muchas veces la odié, pero en ningún momento dejé de amarla. Podría haber buscado a mi abuela debajo de cada grano de arena y bucear hasta donde acaba el mar, hasta donde los peces brillan y aparecen las personas que se anclaron a un pecado en el tobillo.

Pero ella no estaría ahí. Desde ese día, mi abuela nacería a la hora en la que yo me despertase, y moriría todas las noches, golpeándome en el estómago antes de empezar a soñar. En un principio pretendí no volver a dormir.



Cuando era más pequeña, los niños de mi curso muchas veces me preguntaban por mi abuela y su implante de oro. Una vez tuve que invitar a una compañera para hacer una maqueta del sistema solar: pintar las pelotas de plumavit, ponerle un anillo de plasticina a Saturno, esparcir azul, café y verde en la Tierra. Mi abuela nos tenía lista una bandeja con cuatro servilletas, dos vasos de leche de frutilla y dos panes prensados con jamón y queso. Lo primero que hizo mi compañera fue señalarla con el dedo y preguntar: «¿Por qué tiene diente de pirata?».

Mi abuela se rio, y, por lo tanto, yo también reí. Pero ella no sonrió más ese día y pude entender la situación de inmediato. Las niñas que crecen rápido son muy hábiles para detectar el ánimo de sus adultos.

Apenas terminamos de comer los bordes del pan, le dije a mi compañera que le prestaba mi teléfono para llamar a alguno de sus padres, para que la vinieran a buscar. «¡Pero Nadia, si todavía no hacemos nada!»., reclamó.

«No me importa, lo hago yo».

En la noche, enrollada en su brazo como un monito, le dije que era la persona más bella que conocía. Se me saltaron las lágrimas, y, por lo tanto, a ella también. No quería que nadie le hiciera daño, quería distraerla una vez más de sus pensamientos. Esa noche fui especialmente ruidosa: conté chistes, le resumí la farándula de la realeza británica que se discutía en las revistas más gruesas de la casa y le llevé un guatero a la cama para que se pusiera en los pies. Pensé que lo había logrado, de verdad pensé que había sido capaz de vencer al espectro que la acechaba.

Repito: por cortesía, me pudo haber preguntado. Yo le habría dicho que sí, que recordara la frase que me recitaba hasta el cansancio:

«Lo tuyo es mío, y lo mío es tuyo». Pero no solo se negó a cargar con mi dolor, sino que, lejos de ello, me heredó las ganas de morir.



Pasé la noche en la casa vacía porque nadie preguntó por mí en el velorio. No fui capaz de entrar a nuestra pieza, así que me quedé en la sala de estar y me acomodé como pude en el sillón. Ni siquiera prendí las luces, ni mucho menos me cambié de ropa. Tomé un mantel tejido a mano que pensábamos poner pronto porque era el más elegante y había que inventar ocasiones de celebración cuando no las había. Con él me tapé los pies y una parte de las piernas. Me acurriqué de lado, con las rodillas al pecho para mantener un poco el calor, y coloqué el brazo debajo de una de las almohadas pequeñas. El viento golpeaba las ventanas con las ramas de los árboles, y pensé, por un descuido de conciencia, que podría ser ella. Luego hubo silencio. El mantel se mecía de forma leve, a veces despegándose un poco de mi piel para taparme mejor. Por alguna razón, hacía bastante frío en primavera.

El funeral no fue mucho más cálido. Más que un evento de recogimiento y memoria, parecía un pretexto para que familiares se reencontraran y exhibieran su buena suerte frente a los demás. Comentarios de adultos agradeciéndole al cielo por todo lo que tenían y quejas de los más viejos porque pronto serían ellos quienes se hundirían bajo los pies de los vivos. También había niños descontrolados, incapaces de aguantar los impulsos

de echar a correr desde los asientos de la capilla hasta el cementerio, pisoteando flores y tumbas familiares en el camino. Yo pensé que alguien se quejaría, pero todos parecían ver en aquella juventud una esperanza, una suerte de legado que indicaba la victoria de la humanidad.

«Por supuesto, así tiene que ser. Algunos se van, otros llegan. El ciclo de la vida», escuché que decía un hombre alto, con traje oscuro y guantes. Estaba demás decir que jamás lo había visto en mi vida. Eso ocurrió con casi todos los invitados: incluso mi tía, quien me había dado la noticia, no solía visitar a su propia madre a menos que fuera estrictamente necesario. No había malos sentimientos, solo falta de tiempo. Rutinas estrechas de labores administrativas que no dejaban espacio para algo que no fuese lucrativo. Ni siquiera aparecía para su cumpleaños. «Ese te lo tengo reservado solo a ti», me decía mi abuela, pero yo nunca pensé que fuera verdad. Dejaba varios asientos preparados en la mesa y cocinaba mucho más de lo que yo comía. Nadie nunca llegaba, pero el teléfono no paraba de sonar.

Me dieron náuseas. Yo sabía la razón por la cual todo esto había pasado, o al menos el detonante. Lo cierto era que hacía unos meses atrás le habían diagnosticado varios problemas de salud. Ya hacía tiempo que no se movía como antes, y habían aparecido distintos síntomas que me habían preocupado a tal punto que durante una mañana la agarré del brazo y la obligué a ir al doctor. El tratamiento, que sería solo paliativo, tenía un costo millonario y no garantizaba una mejor calidad de vida. Aun así, insistí en ayudarlo a pagarlo. Hablé con algunos familiares que accedieron a aportar. Mi mamá también puso lo suyo, desde Argentina. A mi papá no lo ubiqué.

Cuando me recostaba a su lado y me enrollaba en su brazo, ahora más parecida a un orangután que a un simpático monito, oía un leve silbido cada vez que ella respiraba, también con mayor dificultad que en el pasado. El sonido de los estertores que nacían de sus pulmones era similar al de una bandera contorsionándose al filo del viento. Una bandera blanca señalando el fin de la batalla, pero el comienzo de una silenciosa guerra. Era justo: ella predicaba su deseo por la muerte y este le sería concedido. Pero entonces, también se me reveló una verdad fascinante: a veces, una persona que dice querer morir no quiere hacerlo realmente. Eso pensé, incluso después de lo que hizo. Que, en algún momento puntual, mirando la cantidad de pastillas en

su palma, ella había deseado que alguien derribara la puerta y se las quitara de la mano para echarlas por el agua que daba a las cañerías.

Cuando quiero culparme, pienso que había esperado que esa persona fuera yo.

Ya estaba harta de la culpa, pero no podía escapar ni en la vigilia ni en la inconsciencia. En uno de los siguientes sueños que tuve, apareció nuevamente una niña. Esta vez no era yo, sino ella. Mi abuela joven, tan bella como en los marcos y álbumes, igual de bella, pero muerta. La burda imagen aparecía en mi cabeza, fabricada exclusivamente para mi horror. Una muchacha que debía mostrarse elegante y serena convulsionaba con la piel morada y la boca sangrante, su cuerpo roto, contorsionado, atrapado entre un W.C. y un basurero abierto, con música pop sonando fuerte desde los pasillos de afuera; su vestido levantado, la ropa interior al aire, los ojos bien abiertos, sorprendidos por el macabro destino que había elegido para sí misma.

Empezaba a pensar que esa niña, aunque desconocida para mí, también se había ido. Entonces todo se volvía más triste. No había reparado en eso antes: esta niña también murió. Los sueños truncados, traicionados por ella misma. Eso era lo peor de todo. A esa niña mi abuela le debió haber prometido un futuro que no existía. Su cuerpo no se había esforzado tanto para terminar así. No tenía sentido. La retribución de todo su dolor había sido nula, nada había valido la pena.



Extracto de la novela «La distancia entre las olas», de Valeria Araya Lopetegui.

Valeria Araya Lopetegui (1999, Santiago).

Estudió Literatura Creativa en la Universidad Diego Portales después de sobrevivir a varias crisis de identidad. Ha obtenido diversos reconocimientos literarios. Entre ellos, una mención honrosa en el Premio Roberto Bolaño 2021, categoría poesía, y una mención honrosa en los Juegos Literarios Gabriela Mistral 2022, categoría cuento. Actualmente trabaja como correctora de estilo en una editorial infantil y como asistente creativa en un estudio de contenidos animados.

Ganadores y ganadoras premio Roberto Bolaño

Categoría A

CUENTO

Antonia Améstica Vassart

Solo por jugar

Ganadora

Aiko Mejías Nishimura

La mujer

Mención honrosa

Javier Ledezma Barraza

Pajarito

Mención honrosa

Rafael Castillo Accini

Los Renatos

Mención honrosa

POESÍA

Gabriel Garrido Pinochet

Bramidos de un demonio

Ganador

Emilia Sanhueza Wells

Antología de poemas de campo, amor y muerte (antología de mi adolescencia)

Mención honrosa

Matías Zúñiga Cartagena

Mis olas solo conocen atardeceres

Mención honrosa

Magdalena Finschi Pizarro

Árboles en la ciudad que sienten cosas

Mención honrosa

Categoría B

CUENTO

Antonio López Van Der Schrafft

Las vacas

Ganador

Lucas Alberto Pierry Muñoz

Castillos y ratas

Mención honrosa

Sebastián Alarcón Chávez

Acaso otro fuego

Mención honrosa

Simón Vicuña Lavín

El despertar nacional

Mención honrosa

NOVELA

Valeria Araya Lopetegui

La distancia entre las olas

Ganadora

Nicolás Palacios Orellana

La perfecta máquina de estar sola

Mención honrosa

Anaís Mery Stecher

Entonces tírame al mar

Mención honrosa

Gaspar Bulnes Nahmias

No más lejos que acá

Mención honrosa

POESÍA

Catalina Tamar

Tocar el agua

Ganadora

Ana Mora Estrada

Tiempo de veda

Mención honrosa

Maximiliano Downey Robles

Del rocío beberán noche

los peumos

Mención honrosa

Richard Ossandón Vera

Johan

Mención honrosa

Créditos

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaría de las Culturas y las Artes
Jimena Jara Quilodrán

Secretaría Ejecutiva del Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Aracelly Rojas Vallet

Programa Premios Literarios Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Carolina Munita Naím
Isabel Suárez Escobar

Dirección de Arte
Patricia Salas
Elena Bravo

Diseño y diagramación
Minigolf Deportivo
Francisca Osses Pizarro

Ilustración
Marcelo Calquín
@eadwinivs

Edición
Victoria Ramírez Mansilla

ISBN 978-956-352-459-8



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Prohibida su venta y reproducción.

www.cultura.gob.cl
www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

